



Para el doscientos aniversario de la gran carrera, las esperanzas de los británicos se centraban en el caballo Milford, propiedad de la Reina de Inglaterra (el segundo en la fotografía). Sin embargo, el triunfo correspondería a Troy, montado por Willie Carson.

## EL 200 DERBY

FERNANDO SAVATER

"¡Jipa, jipi, jockey  
que ganaste el Derby!  
¡Hincar los dientes  
en tu cap de dos colores!"  
(Fernando PESSOA)

**E**L Derby se ha corrido ininterrumpidamente durante dos siglos; los azares de la Historia no prevalecieron contra él y lo más que lograron es desplazarlo de Epsom a Newmarket durante los años de la primera y la segunda guerras mundiales. Desde hace más de ciento cincuenta años es indiscutiblemente la Cinta Azul del turf, el galardón en el que se unen al máximo el más alto prestigio deportivo y la más brillante aura mítica. Sus aparentes deficiencias frente a otras grandes pruebas europeas están en la raíz misma de su encanto insuperable. Recientemente, en una larga entrevista que ocupa todo un libro ("El oficio de jockey"), el joven astro de la fusta francés Freddy Head se quejaba del terreno "imposible" de Epsom y de que la

carrera más célebre del mundo se disputase en una pista arriscada, ondulante, que nada tiene que ver con el ultracivilizado linóleo verde de Longchamp: ¡como si la gracia del Derby no residiera precisamente en eso, en que su marco guarda todavía algo del campo abierto y exigente en el que competían los antiguos purasangres que no conocían el cronómetro ni el **Timeform**! Comparar el esplendor de Longchamp con Epsom es como enfrentar una estupenda cafetería americana con una tabernita andaluza; ¡allá los que prefieran los **sandwichs** de celofán y los sofisticados **cock-tails**, acá los de la manzanilla y la tapa de mojama! El caballo que gana el Derby no es un atleta de salón o de laboratorio: es el más resistente, pero también el más estable, el que une la mayor fuerza de súbita aceleración con el coraje, que no se desanima ante las duras cuestas y bajadas del recorrido. En una palabra, cuando un potro triun-

fa en la milla y media de Epsom, lo demuestra **todo** sobre su propia virtud.

Con motivo del doscientos aniversario del Derby, todo Londres estaba un poco bajo el sello de la Cinta Azul. En la Royal Academy se montó una simpática exposición conmemorativa. Las inauguraciones de temporada en la Royal Academy fueron, a fines de la era victoriana, origen obligado de la **rentrée** mundana londinense; en el conocido cuadro de William Powell Frith, que recoge el acto de 1881, puede verse a un gloriosamente joven Oscar Wilde centrado la atención de los cortesanos. En la exposición "Derby 200" había de todo, desde la larga cola de **Gladiateur**, el primer caballo continental que ganó la llamada Triple Corona inglesa (Dos mil Guineas, Derby y Saint-Léger) hasta un film del accidentado Derby de 1913, en el que la sufragista inglesa Emily Davidson se arrojó en Tattenham Corner al paso del caba-

llo **Anmer**, propiedad del Rey Jorge V, y el primer clasificado —**Craganour**— fue distanciado en beneficio del nada favorito **Aboyeur**. También se exponían unos rizos de la crin de **Hermit**, el potro que causó la ruina y probablemente la muerte de lord Hastings. Como seguro que ustedes no conocen la historia y yo no tengo nada mejor que hacer, permítanme que se la cuente en pocas palabras. El marqués de Hastings heredó a su mayoría de edad una gran fortuna, que empezó sabiamente a dilapidar en lo que constituía su gran pasión: los caballos y las apuestas. También era hombre cuya generosidad le hacía popular y así en numerosos antros de vicio y bebida del East End de Londres se brindaba "¡Por el marqués, Dios le bendiga!", pues él pagaba frecuentemente la ronda común de vino o cerveza. En 1864 raptó —con el pleno consentimiento de ésta, claro está— a lady Florence Paget, novia de un rico terrateniente

llamado Henry Chaplin; la sustracción se efectuó en una céntrica tienda de Londres, donde la dama entró acompañada de su oficialmente futuro esposo a comprar muebles para su nuevo hogar y se escabulló por la puerta de atrás en compañía del marquesito: cosas que pasan. Pero Chaplin, el burlado, no era de los que perdonan fácilmente y sabía dónde golpear. Se dedicó a comprar espléndidos purasangres para derrotar a los caballos de Hastings en las más importantes carreras; el marqués, por su parte, aceptó encantado el desafío, aumentó sus efectivos hípicas y, además, comenzó a invertir grandes sumas en apostar contra los caballos de Chaplin allá donde éstos compitiesen. El Derby de 1867 se convirtió en el centro de su disputa: Chaplin participaba con un notable

**Lady Elisabeth**, para intentar ganar el Derby del año siguiente. El animal era espléndido, pero Hastings estaba tan eloquecido con la necesidad de triunfar que la agotó excesivamente en los entrenamientos, la yegua pasó mal invierno y no fue capaz de imponerse en el Derby crucial. En noviembre de ese mismo año, a los veintiséis de su edad, moría el arruinado marqués de Hastings, Dios le bendiga; sus últimas palabras, desdichado compendio de la moral del **gentleman**, fueron dirigidas a algunos pocos amigos que en ese trance le acompañaban: "El Derby de **Hermit** me partió el corazón, pero no lo he demostrado, ¿verdad?". Sólo queda añadir que **Hermit** fue uno de los sementales de mayor éxito que ha conocido la cría del purasangre inglés.

La historia del infortunado

**tedd"**, recientemente editada por Nostromo-Alfaguara), un fantasma vengador se apodera de su víctima enviándola por medio de "soplos" carteros en diversas carreras de caballos. No es mal sistema para perder a un hombre, pero tampoco hay que llevar esta meditación puritana hasta olvidar los momentos triunfales que este juego ha propiciado. Hace cien años, el Derby de 1879 fue ganado por un caballo muy poco considerado en los pronósticos, **Sir Bevys**, al que montaba el principal rival del legendario Fred Archer, el jockey George Fordham. Había llovido mucho, el terreno estaba sumamente pesado y el gran acierto de Fordham fue abrirse al llegar a la recta final y llevar su caballo por la parte más exterior de la pista, la menos pisoteada y embarrada; los metros perdidos

humana de Europa; escépticos y fatalistas, han llegado a ese tipo de sabiduría crepuscular que ya no da importancia más que a los detalles. Por un lado, se mascaba una vaga e inconfesable resignación: hemos conseguido llegar al Derby doscientos, pero es casi imposible pensar que alcanzaremos un Derby trescientos o tan siquiera el doscientos cincuenta; por otro lado, se esperaba el milagro que fuese prenda de la tan ansiada renovación: un vencedor que sirviese de símbolo regenerador, de promesa de inmortalidad. Las esperanzas se centraban en el caballo **Milford**, propiedad de la Reina de Inglaterra, que reunía todas las condiciones requeridas. En primer lugar, su propietaria misma: desde 1953, año de la coronación, en que el buen **Aureole** llegó segundo de **Pinza**, no había participado en el Derby un caballo real con probabilidad acusada y sólo una vez en la historia de la prueba ganó el portador de los colores regios, en 1909, cuando triunfó **Minoru**, propiedad de Eduardo VII. Además, **Milford** es un potro nacido y criado en Inglaterra, cuyo padre, el fabuloso **Mill Reef**, ejerce como semental en el **National Stud**, y su madre, **Highclere**, también propiedad de la Reina, proporcionó a ésta una importante victoria en una de las más destacadas pruebas para potrancas que se corren anualmente en París. ¿Y la monta? El jinete habitual de los caballos regios es Willie Carson, un enérgico irlandés que nunca había ganado el Derby, aunque estuvo a un cuello de lograrlo en 1977 con **Hot Grove**. Sin embargo, Carson podía elegir entre **Milford** y otro caballo del mismo preparador pero de propietario menos encumbrado, **Troy**, un hijo de **Petingo** y **La Milo**, que había llevado una excelente campaña a dos años y parecía más cuajado que el caballo de la Reina. Una carrera preparatoria disputada quince días antes del Derby y ganada impresionantemente por **Troy** decidió a Willie Carson por éste, y **Milford** quedó sin jinete fijo. Se consiguió para



Tres generaciones: la Reina madre, Isabel II y el príncipe Carlos, en el célebre hipódromo.

caballo, **Hermit**, que pareció en un comienzo favorito hasta sufrir un leve vómito de sangre en uno de los entrenamientos de la semana anterior a la carrera; Hastings, por su parte, apostó todo lo que tenía y más contra el potro de su adversario. Pues bien, a despecho de la opinión de los expertos y veterinarios, **Hermit** logró ganar la carrera por un cuello. Hastings se arruinó por completo, lo que no impidió que fuese el primero en palmejar el cuello sudoroso de **Hermit** y estrechar la mano de su rival. El marqués tuvo que vender casi todas sus propiedades para pagar a sus acreedores, conservando sólo una yegua,

Hastings nos recuerda las muchas tragedias de juego que acompañan la historia del Derby, desde aquel Honorable Berkeley Craven, que se pegó un tiro en su casa de Connaught Terrace por no sentirse capaz de satisfacer sus deudas al perder lo apostado en el Derby de 1836. La pasión de la apuesta tiene algo de diabólico y aún más en un campo como el de las carreras de caballos, ni plenamente azarosas ni tampoco absolutamente previsibles por ningún razonamiento, juntamente lógicas y desconcertantes. En una novela corta del gran escritor de **ghost-stories** Joseph Sheridan Le Fanu ("La profecía de Cloos-

con este desvío se ganaron en velocidad a la hora del remate. Hoy esto es práctica común, pero entonces Fordham oficiaba de pionero. Las apuestas por **Sir Bevys** se pagaron suculentamente, 100 a 5; pues bien, uno de los pocos afortunados fue el poeta lord Alfred Tennyson, que excusó su acierto diciendo que había apostado a **Sir Bevys** porque tal era el nombre del protagonista de uno de sus primeros poemas...

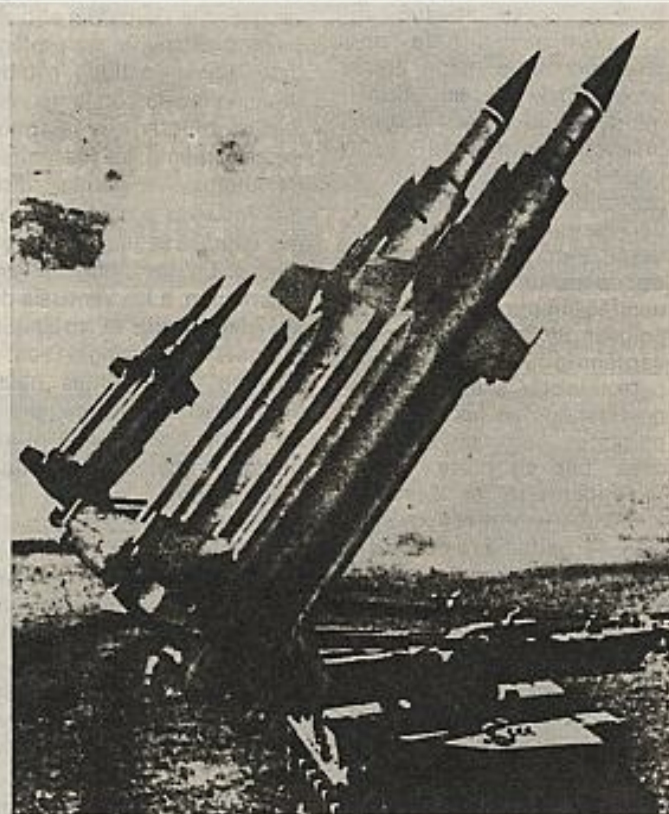
Para este doscientos aniversario de la gran carrera, los ingleses querían un ganador especialmente significativo. Los británicos se han convertido en el pueblo más amable y dúctil a la relación

## EL 200 DERBY

él entonces la monta de Les-te Piggott, el más célebre de los jinetes británicos, ocho veces ganador del Derby. Así se producía lo que el **Daily Mirror** calificó de "almost magic situation": un caballo nacido y criado en Inglaterra, propiedad de la Reina y montado por Lester Piggott, dispuesto a ganar el Derby número doscientos! Podemos decir sin temor que nunca hubiera habido un triunfador más popular en toda la historia del Derby. Del resto de los participantes, el más favorito era **Ela Mana Mou** (en griego: ¡Hala, cariño!), propiedad de un español nacionalizado inglés, el gallego Maximiliano Muñón, casado con una chipriota, que era quien había bautizado al potrero. Muñón llegó a Londres para trabajar como camarero, consiguió hacerse con su propio restaurante y logró su más querido sueño: tener un caballo de carreras capaz de correr el Derby con primera probabilidad. A **Ela Mana Mou** lo montaba Greville Starkey, el jinete ganador del Derby del año pasado, y sus carreras a dos años le señalaban como calificado aspirante al triunfo.

La dotación económica del Derby fue este año de 150.000 libras esterlinas, lo que la convertía en la carrera mejor remunerada de toda la historia del turf. Una enorme multitud, mayor aún que cualquier otro año, convertía una vez más los prados de Epsom en escenario de la fiesta mayor de Gran Bretaña: increíbles dosis de champán y cerveza eran trasegadas por entusiastas crecientemente purpúreos, mientras los bookmakers recogían epilépticamente una cantidad fabulosa de apuestas. La carrera en sí tuvo poca historia: encerrado durante buena parte del recorrido en una posición poco privilegiada, **Troy** se disparó cuando y como quiso para ganar por más de siete cuerpos sobre un pelotón que parecía paralizado por su ataque fulminante. **Ela Mana Mou** tuvo que contentarse con el cuar-

to puesto, mientras que **Milford**, excelentemente situado en posiciones de cabeza hasta salir de Tattenham Corner, se hundía irremisiblemente a la hora de la verdad. Un exultante Willie Carson comentó, al bajarse de su victoriosa montura: "Cuando uno rechaza el caballo de la Reina en el Derby para montar otro, lo menos que puede hacer con ese otro es ganar". El vencedor había conseguido un tiempo excelente y ya se hablaba de él como uno de los más calificados aspirantes al **Arc de Triomphe**, que ha de correrse el próximo octubre en Longchamps, pero se palpaba una cierta decepción medio ahogada por el orgiástico fin-de-fête que siguió a la carrera: no había habido milagro. No lo hubo. A veces, ciertos símbolos secretos pueden ser aún más ilustrativos que los públicamente considerados. Cierto es que no ganó el ungido **Milford**, pero tampoco el número del vencedor está exento de concomitancias significativas: hace doscientos años, un **Diomed** ganó el primer Derby de la historia; en 1806, lo ganó **Paris**; en 1819, **Tiresias**, y en 1830 venció **Priam**; ahora, el doscientos aniversario de esta carrera incomparable ha consentido el triunfo de **Troy**. ¿No se conserva a través de los años el hálito homérico que subyace toda noble competición? ¿Y no hay aquí una cierta promesa de que nuevos triunfos han de venir de la ciudad sitiada? En cierto lugar, Plinio menciona la receta de un preparado que hace invencibles a los hombres (ni que decir tiene que la fuente de mi erudición no es Plinio, sino Borges); se consigue ayuntando pelo y médula de león, uñas de perro, cabeza y cola de dragón y la espuma de un caballo que acaba de ganar una carrera. Pues bien, poca espuma sudorosa pudo tomarse de **Troy**, que acabó la carrera tan fresco, pero estoy seguro de que la poca obtenida concentraba la esencia misma de la invencibilidad. Que así sea. ■ F. S.



Más de cuatrocientos mil millones de dólares viene gastando últimamente el mundo en armamentos. En la foto superior, misiles soviéticos SA-4; derecha, el portaaviones norteamericano "Forrestal", durante una escala en Palma de Mallorca. (Foto: Ramón Rodríguez.)

### JOAQUIN RABAGO

**T**ODOS los años, desde hace ya diez, el Instituto Internacional de Investigaciones sobre la Paz de Estocolmo (SIPRI) edita un grueso volumen en el que, siempre con datos obtenidos de fuentes públicas, se analiza el desarrollo presente y previsible de la carrera de armamentos, así como los esfuerzos encaminados, ya que no a ponerle fin, sí, por lo menos, a mantenerla bajo control.

Pues bien, la tendencia que revelan los datos de todo tipo recogidos en el anuario del SIPRI correspondiente a 1979 no puede ser más preocupante. Para demostrarlo, bástenos citar sólo algunos de esos datos y cotejarlos con otros de años anteriores.

Más de cuatrocientos mil millones anuales viene gastando últimamente el mundo en armamento, según el Instituto de Estocolmo.

En 1974, la cifra total fue de doscientos veinte mil millones de dólares. Lo que significa que, en casi cinco años, se ha doblado el presupuesto mundial dedicado a fines bélicos. De esos cuatrocientos mil millones actuales, más de un 70 por 100 corresponde a los dos grandes bloques militares: la OTAN y el Pacto de Varsovia. Mucho más significativo es, empero, el rearme del Tercer Mundo, cuya participación en los gastos mundiales en armamento ha ascendido de un 3 por ciento en 1955 a un 14 por ciento en 1978.

Todo ello representa un fabuloso negocio para fabricantes y exportadores de armamento. Así se calcula que el comercio de armas en todo el globo alcanza anualmente un valor de 20.000 millones de dólares. Los mayores proveedores de material bélico son, naturalmente, los países industrializados, con los Es-